

CORREO

DE NUESTROS LECTORES

POR LORENZO
SILVA

EL BLOC DEL CARTERO



ABRAZO

Esta semana viene en esta página escondido un abrazo. Les invito a encontrarlo, a observarlo, a paladearlo, a entenderlo. Son demasiadas las violencias, algunas que no cesan por más que se las combata, otras que se calculan y hasta se alientan para que algunos conserven o ganen su sitio y de paso lo vayamos perdiendo todos. Son tantas y tan insufribles, por contumaces, por obtusas, por insidiosas, que hace falta que alguien, desde la atalaya de una vida larga y pocas mañanas por delante, nos recuerde que no hemos venido aquí a imponernos sobre nada ni sobre nadie, sino a pedirles y darles algún calor a nuestros congéneres. Un músico francés afincado en España, Matthieu Saglio, tiene un escueto tema titulado *El abrazo*. Búsquenlo, escúchenlo. Nace de un amor, el de sus abuelos. Lo dice todo, sin una palabra. ●

Todas las cartas seleccionadas, en la web del periódico.

LA CARTA DE LA SEMANA

Por qué la he elegido...
Porque la forma que no brota de un fondo es peor que una oquedad, inservible impostura.

BLANQUEO DE CONCIENCIA

Me aburro. El algoritmo ya me bombardea con todo lo que debo hacer en 2026. Y, para colmo, la dictadura estética impuesta por Pantone decreta que el color del año será el Cloud Dancer: nube-blanco roto. Necesitamos que un color de moda y una fecha nos den permiso para 'empezar de cero'. Nos obsesionamos con que el 'nuevo comienzo' tenga una estética limpia e 'instagrameable'. Hemos convertido la mejora personal en un trámite burocrático que solo abre su ventanilla en enero y adoptamos el color 'nube' como si fuese a liberarnos de nuestras preocupaciones. Para mí, los verdaderos nuevos comienzos se pueden inaugurar un martes lluvioso. Esperar a fin de año para decidir cambiar mis hábitos y malas formas es una forma de procrastinación moral. Dejemos de buscar el perdón estético. El cambio no está en las tendencias, sino en la intencionalidad diaria. ● — María Bretos Lana. Zaragoza

PEQUEÑAS INFAMIAS



Por
CARMEN POSADAS

Nostalgia de lo no-vivido

Hace años, José Luis de Villalonga, en uno de sus libros, acuñó un concepto que se ha convertido en una frase hecha y es este: «La nostalgia es un error». En esa obra (una crónica desenfadada y mordaz del mundo del cine, la cultura y la vida social) argumentaba que la nostalgia, a pesar de ser un sentimiento agradable y melancólico, es un error. Una equivocación, porque distrae de los problemas y escollos del presente e impide avanzar y disfrutar de la vida. La nostalgia cuenta, además, con un gran aliado: el poder embellecedor del tiempo, que consigue que, al mirar atrás, olvide uno lo malo y recuerde solo lo bueno. También hace que uno 'fabrique' un pasado que nunca existió. Por eso, aquel amor que pudo ser y no fue, o aquella vocación a la que renunciamos, con la perspectiva que dan los años, parecen extraordinarios. «Ah, si me hubiese casado con Fulanita o con Menganito», «ah, si hubiese estudiado ballet en vez de Derecho por hacer caso a mis padres...». Y da igual que Fulanita o Menganito no sean el dechado de virtudes que pensamos y que el ballet sea una disciplina sacrificada en la que solo triunfa realmente uno de cada cien. Porque la nostalgia nada tiene que ver con la razón; es más, abdica voluntariamente de ella. Según el Diccionario de la RAE, etimológicamente el término 'nostalgia' viene del griego *nostos*, que significa 'regreso',

y *algia*, 'dolor', aunque también se usa para dar nombre a una dicha imaginada. Les cuento todo esto porque la nostalgia, que siempre ha sido un error que nos impide avanzar, se está convirtiendo en un peligro, también en pandemia. Sobre todo en el terreno político, en el que existe una nostalgia sobre todo de aquello que no se ha vivido. El fenómeno es mundial y condiciona conductas y tendencias de voto. ¿Cómo se explica si no que, tras el fracaso del modelo soviético en los 90, más de un 50 por ciento de los encuestados en Rusia vea como históricamente positivo el rol de Stalin, mientras que una gran mayoría, entre un 60 y un 70 por ciento, lamente la disolución de la Unión Soviética? Algo similar ocurre en China, donde Xi Jinping apuesta ahora por un cierto regreso al maoísmo. O en Alemania, con el auge del la AfD, a la que a cada rato se le escapan tics pronazis. A derecha e izquierda la nostalgia de lo no-vivido gana elecciones. Sobre todo, a la derecha. Ahí están, si no, los casos de Argentina y ahora de Chile, con un presidente que se declara abiertamente pinochetista,

La nostalgia distrae de los escollos del presente e impide avanzar y disfrutar la vida

o el auge y presencia de un modo u otro en sus gobiernos de formaciones ultramontanas en países antes tan moderados como Holanda, Finlandia o Suecia. Pero tal vez el caso más paradigmático del imperio de la nostalgia sea el de los Estados Unidos. ¿Nostalgia de qué?, dirán ustedes. El epítome de las democracias modernas se supone que se rige desde sus orígenes por valores que nada tienen en común con los de Donald Trump. Y, sin

embargo, el señor Trump ha sabido conectar con esos mecanismos de añoranza de los que hablamos. Su lema «Make America great again» lo dice todo. Él ha logrado sintonizar con aquellos que sentían que su país daba a la comunidad mundial mucho más de lo que recibía; con los que piensan que otras potencias —en especial, Europa— se aprovechan de él, tanto económica como políticamente; con los que creen que Estados Unidos está perdiendo su condición, el de referente mundial, así como con los que piensan que su país se está llenando de inmigrantes ilegales y de droga. Y, ante todo eso, ¿cuál es la receta de Trump? Una vuelta al pasado más imperialista de los Estados Unidos. No solo a la Doctrina Monroe, que le faculta para intervenir en países de su llamado 'patio trasero' (que, según sus cánones, llega hasta la Patagonia). También ha abrazado otra doctrina, en este caso una de F. D. Roosevelt menos conocida, pero igualmente inquietante, la del *big stick* o gran garrote. Opinaba Roosevelt que, en su relación con otros países, había que «hablar suave y llevar un gran garrote». O, lo que es lo mismo, negociar y dialogar, pero también estar dispuesto a tomar medidas drásticas y firmes en caso necesario. Mejorando la receta de su antecesor, Trump se ha olvidado del «hablar suave» y se concentra en el asunto del gran garrote. Y lo peor es que le está funcionando. Sobre todo con quienes a él menos le importan (como Europa y Latinoamérica). No así con China y con Rusia, pero eso es muy propio de matones: son fuertes con los débiles y débiles con los fuertes. Y, mientras tanto, mientras la nostalgia hace estragos y cada nueva elección nos trae lo peorcito de cada casa, nosotros, sufridos ciudadanos del mundo a los que nunca nos gustó este tipo de añoranzas, no podemos hacer otra cosa más que confirmar que la nostalgia (y más aún la nostalgia de lo que no se ha vivido) no es solo un error, es también un grave peligro para la democracia. ●